

LA MANIOBRA DEL ‘ESTADO PALESTINO’

UN SEÑUELO PARA LA DERROTA

Nidal Khalaf

Traducción al inglés por Mohammed Elabasa

Traducción al castellano por Margo

Este artículo ha sido traducido [al inglés] por Mohammed Elabadsa, que vive con su familia en Gaza. [Al-Rifaq] ha podido encargarle este trabajo usando dinero recaudado a través de suscripciones y donaciones. Se lo agradecemos a quienes han hecho esto posible y esperamos que sigáis apoyando Al-Rifaq.

Tarde o temprano, la agresión contra Gaza terminará, llevando a las partes involucradas a formar una resolución política aceptable para la resistencia palestina. La resiliencia inquebrantable de la resistencia, junto a sus aliados regionales y defensores solidarios globales frente al expansionismo estadounidense y sionista, ha quedado inequívocamente demostrada. Esto viene en parte de la cruda realidad del hecho de que la forma de guerra actual les plantea una amenaza insostenible a la influencia regional de Estados Unidos y a la seguridad de su navegación marítima —a través de arterias vitales para su arquitectura económica global. En consecuencia, las insinuaciones políticas están entrando sutilmente en el panorama mediático junto a una intensa campaña de presión orquestada por el frente de la ‘solución americana’. Este frente, que comprende a agentes tanto occidentales como árabes e incluso palestinos, pretende obligar a la resistencia palestina, responsable última de la toma de decisiones sobre el terreno, a aceptar el principio de un ‘Estado palestino’. ¿Cómo deberíamos interpretar esta propuesta? ¿Podría una propuesta así constituir realmente una victoria para el pueblo palestino y la región, más ampliamente?

El señuelo de la derrota

El concepto de un ‘Estado palestino’ está lejos de ser nuevo: su significado y su forma han estado constantemente moldeados por las dinámicas de conflicto en la región y el equilibrio de poder prevalente. En efecto, la propuesta formal inaugural surgió en la Resolución 181 de 1947 de la ONU, un plan de partición fundamentalmente diseñado para asegurar el control sionista sobre los puertos estratégicos, las regiones costeras y el Negev. Esta iteración inicial no fue más que una precursora del modelo ‘Gaza-Jericó’, que posteriormente sentó las bases para los arreglos políticos negociados por Estados Unidos. Es evidente que los arquitectos del proyecto sionista jamás aceptarían un Estado palestino a menos que este se adhiriera rígidamente a los dictados de seguridad de Israel y reforzara su dominación sobre todos los pueblos de la región.

Tomando en cuenta el crudo desequilibrio de poder del momento, esta propuesta inicial fue innegablemente un engaño político orientado a legitimar la limpieza étnica de 1948. La segunda iteración, el modelo ‘Ribera Occidental-Gaza’, fue aceptada por la dirección de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) por medio de los Acuerdos de Oslo de 1993. Este movimiento, sin embargo, contradecía en lo fundamental los principios centrales de la revolución palestina moderna. A pesar de las significantes concesiones políticas y securitarias que hicieron sucesivos líderes de la OLP, de Yasser Arafat a Mahmoud Abbas, así como quienes estaban preparados para suceder al último, Oslo se transformó en una trampa política diseñada para dismantelar la Primera Intifada y facilitar la expansión gradual de los asentamientos israelíes bajo la apariencia del autogobierno palestino. A lo largo de la última década, la idea de un ‘Estado palestino’ se ha convertido en una contradicción *en los términos* puesto que, en el marco de los dos Estados, sólo ha logrado facilitar la proliferación incesante de asentamientos en la Ribera Occidental y Jerusalén junto a un asfixiante asedio a Gaza, que no apunta más que a la eliminación de la resistencia —sea a través de la estrangulación gradual o a través de un golpe decisivo.

Desde esta perspectiva, la razón de la insistencia estadounidense y occidental sobre esta idea de un ‘Estado palestino’ se vuelve evidente. Este concepto —que ha sido promocionado sin descanso por las élites de Oslo y el aparato mediático de las bases militares estadounidenses¹ como un ‘reconocimiento de los derechos

¹ [N. de la trad. inglesa] Con ‘el aparato mediático de las bases militares estadounidenses’ el autor se refiere a los medios de comunicación dirigidos por los países que acogen estas bases, que son leales y completamente serviles a la voluntad estadounidense. Por desgracia, esto aplica a la

palestinos’ — tenemos que entenderlo críticamente en el contexto más amplio del proyecto colonial en curso y sus condiciones inherentes. En definitiva, supone el establecimiento de una entidad ‘palestina’ sólo de palabra, que sigue por necesidad al servicio de los objetivos sionistas.

El resultado más sustancial que la dirección de la OLP garantizó a cambio de su abandono de principios palestinos centrales y su contribución activa a la supresión de la Primera Intifada fue la Autoridad Palestina —una entidad que se materializó después de la derrota de la OLP en 1982 a través de la vía claramente conciliadora que su dirección había adoptado desde 1974. De este modo, existe una correlación directa e innegable entre el auge de la idea del Estado palestino y un cambio en el equilibrio de poder contrario el pueblo palestino. El Estado palestino promovido por Estados Unidos es, en esencia, un mero ‘señuelo’ ofrecido para consolidar la dominación sionista sobre Palestina a cambio de ganancias superficiales para los colaboradores que supervisan el insidioso proceso de lenta limpieza étnica.

El Estado palestino concebido dentro del marco estadounidense no es una verdadera vía hacia la libertad, sino una forma de capitulación que prioriza los adornos superficiales de la categoría de Estado, los himnos y el reconocimiento internacional por encima de la meta fundamental e innegociable de la libertad.

El techo de la constancia

En marcado contraste, las facciones de la resistencia palestina y sus aliados abogan resueltamente por un Estado palestino unificado que comprenda toda la Palestina histórica. Esta visión, frecuentemente despachada por algunos como poco realista, prioriza inequívocamente la liberación sobre la categoría de Estado. El éxito de esta visión depende de una victoria palestina sobre el colonialismo, que permita asegurar el derecho fundamental al retorno de los refugiados, el desmantelamiento de los asentamientos y el logro de una plena soberanía sobre nuestra tierra ancestral. Estas condiciones fundacionales no se pueden hacer realidad bajo la influencia ubicua de la hegemonía estadounidense, lo que significa que un Estado palestino verdaderamente libre sólo puede surgir de una derrota decisiva del proyecto estadounidense en la región. Una derrota transformativa así no quedaría contenida en los 27.027 km² de Palestina, sino que se extendería desmantelando todos los pilares de la dominación regional,

mayoría de regímenes en Oriente Medio y sus medios de comunicación, que sirven a la narrativa estadounidense y su visión en la región.

incluidas la fragmentación artificial de los Estados árabes y la red de bases militares que salvaguarda la explotación de recursos.

En términos inequívocos, la liberación palestina de la colonización sionista está inseparablemente ligada a la lucha más amplia por la liberación de toda la región de la dominación estadounidense. Esta es la prioridad primordial de las fuerzas de la resistencia en la región, encabezadas por la resistencia palestina, que ha demostrado su constancia y su compromiso inquebrantables a través de batallas cruciales como la ‘Espada de Jerusalén’ y la ‘Inundación de Al-Aqsa’.

Pero, ¿cuál es el siguiente paso? Hay un amplio consenso en torno a que la resolución política de la agresión en curso contra Gaza involucrará inevitablemente la propuesta de un Estado palestino. Desde la perspectiva del colonialismo occidental, este Estado está concebido estratégicamente para convertirse en una nueva y sofisticada trampa que complete el proceso de limpieza étnica por medios otros medios. Desde la perspectiva de la resistencia palestina, por otro lado, las condiciones aceptables mínimas involucran la consolidación de las ganancias palestinas y el establecimiento de un elemento disuasorio frente a ulteriores agresiones, en particular a la luz de los sacrificios hechos durante la ‘Inundación de Al-Aqsa’.

Las negociaciones inminentes no permitirán ninguna ambigüedad respecto a los principios fundamentales que los comprometa: una verdadera victoria palestina significaría una derrota estridente y significativa del proyecto estadounidense, mientras que las concesiones palestinas les infligirían un catastrófico y duradero golpe a los pueblos de toda la región.

A medida que la idea de un Estado palestino se vuelve cada vez más un foco de atención central de esta lucha prolongada, cada vez se vuelve más crucial visitar de nuevo su esencia fundamental, tal y como la articuló elocuentemente el intelectual martirizado [del Frente Popular para la Liberación de Palestina] Ghassan Kanafani en su influyente texto, *La resistencia es la esencia*:

El movimiento para establecer un Estado palestino tiene que estar inevitablemente acompañado por el movimiento para crear un nuevo ser humano palestino. El llamamiento a un Estado tiene que estar acompañado por un llamamiento a forjar una nueva relación entre palestinos, entre ellos y los Estados árabes. Esto es igual de importante que el establecimiento de un Estado palestino, puesto que este Estado no será uno ordinario; será un Estado de transición, un Estado de misión,

un Estado de propósito. Junto a la creación del Estado de Palestina, tenemos que crear al pueblo que llevará hacia adelante su causa.

A la luz de esta sabiduría duradera y en respuesta directa a las llamadas urgentes de los líderes de la resistencia palestina, nuestro deber inherente como palestinos es definir claramente la profunda ‘misión’ que nuestra propia presencia sobre esta tierra sagrada exige, una misión que antecede a la concepción del proyecto sionista y debe, indudablemente, seguir con una resolución inquebrantable mucho después de su inevitable desaparición. Nosotros, los hijos de la tierra que se estira desde la costa mediterránea hasta el río Jordán, desde Galilea hasta el Negev, tenemos que preguntarnos colectiva e introspectivamente: ¿Cuál es nuestro verdadero y duradero papel en el complejo tapiz político, geográfico e histórico de esta región? Para responder a esta pregunta, podemos encontrar pistas valiosas en los planes del enemigo.

Si la entidad sionista es el obstáculo geográfico que se interpone entre Egipto y el Levante, Palestina es el indispensable eslabón geográfico, político y cultural que une las dos alas vitales de la nación árabe.

Si la entidad sionista es la daga afilada que separa cruelmente el corazón de la nación de su golfo estratégico, Palestina es el hilo resiliente que terminará por cerrar la profunda herida.

Si ‘Israel’ no es más que el instrumento de la hegemonía occidental sobre las tierras árabes, Palestina es —y siempre será— el principal escenario para la verdadera e inexorable independencia de las naciones árabes y la vía de entrada a su esperado ascenso en la comunidad de las naciones.

Esta es la esencia duradera de Palestina. Para realizar auténticamente su potencial, tenemos que elevarnos colectivamente hasta el profundo nivel de esta misión histórica y ganarnos con derecho el título inmemorial: ‘El pueblo de Palestina’.

DE VUELTA AL MURO DE HIERRO

COMPRENDIENDO EL CONSENSO DE ISRAEL SOBRE LA GUERRA

Sari Orabi

Traducción al inglés por Shady Hamada

Traducción al castellano por Margo

¿Qué es la doctrina sionista del Muro de Hierro y cómo se ve la existencia de la entidad de la ocupación a través de su prisma?

El 4 de agosto de este año, Netanyahu se encontraba en una conmemoración de Ze'ev Jabotinsky en Jerusalén, trazando una línea directa entre la actual guerra de Israel contra Gaza y los batallones que Jabotinsky formó durante la Primera Guerra Mundial —unidades que, de acuerdo a Netanyahu, lucharon en Rafah, el monte Efraín² y los cruces del río Jordán³. La invocación por Netanyahu de Jabotinsky —quien menciona frecuentemente Rafah en su libro *La historia de la legión judía*— no es nada nuevo⁴. Sin embargo, esta conexión tiene otro significado en la actual guerra: para Netanyahu, la lucha de hoy en Rafah es lo mismo que la lucha del movimiento sionista en el mismo lugar hace cien años.

Si la guerra en Gaza supone una continuación natural de la 'lucha' histórica del sionismo, entonces Netanyahu se ve a sí mismo como el justo heredero de

² El 'monte de Efraín' es un término bíblico que se refiere a una región en el centro de la Palestina histórica (hoy, la Ribera Occidental).

³ Los 'cruces del río Jordán' se refieren a puntos estratégicos, como el puente Allenby, que tuvieron significancia militar durante la Primera Guerra Mundial.

⁴ *La historia de la legión judía*, publicado por Bernard Ackerman en 1945, trata de los batallones judíos en la Primera Guerra Mundial

Jabotinsky. Los conceptos de este último son ahora el motor del sionismo, incluso entre facciones del mismo a las que se opuso en los 1920s, habiendo criticado sus estrategias de engañar a la población nativa de Palestina.

Mucho ha cambiado desde que Jabotinsky firmó su teoría del Muro de Hierro el 4 de noviembre de 1923 —en particular, la fundación de Israel y la evolución de la teoría en una piedra angular de la consolidación de la entidad sionista, así como de su consiguiente hegemonía regional. Pero los debates sobre el legado de Jabotinsky siguen resurgiendo persistentemente en el discurso israelí, sobre todo en el modo en que este discurso interpreta las implicaciones políticas e históricas de Jabotinsky. Necesitamos llevar a cabo un examen más detallado para poder comprender cómo el legado de Jabotinsky y su papel como fundador de la Unión de Sionistas Revisionistas —un papel que asumió en 1925 después de chocar con Chaim Weizmann, el líder sionista en ese momento— han alcanzado una especie de relevancia siempre renovada en los debates israelíes y en los momentos centrales de la historia sionista e israelí hasta el momento.

Primero, matar la esperanza

La teoría de Jabotinsky se asienta sobre cuatro pilares para atrincherar la entidad israelí y aniquilar la voluntad árabe de resistir. Primero, forzar la presencia de una mayoría judía en las dos riberas del río Jordán. Segundo, formar alianzas blindadas con poderes coloniales para establecer Israel, asegurando al mismo tiempo la existencia de una región árabe crónicamente débil para consolidar el poder regional israelí. Tercero, extinguir la esperanza y la motivación entre palestino y árabes respecto a la posibilidad de derrotar a Israel. Cuarto, construir una fuerza militar israelí abrumadora que los árabes no puedan quebrantar —o ni siquiera concebir quebrantar.

Jabotinsky se centró en la pérdida de esperanza en ir a derrotar a Israel entre los árabes como un requisito preliminar para negociar ‘desde una posición de victoria’ y cimentar la derrota psicológica permanente de los árabes. Sólo entonces podrían empezar a discutirse los derechos de las minorías árabes en ‘Israel’. Antes de eso, engañar a los nativos o establecer una ‘entidad judía’ mediante un acuerdo previo era impensable.

Aquí vemos cómo aparece una clara brecha entre la forma en que Jabotinsky hablaba de dos Estados bajo dominación judía o de igualdad de derechos para los diferentes sectores demográficos del ‘Estado judío’ y las políticas de Netanyahu, que aspiran a borrar la identidad política palestina y convertir a los palestinos en instrumentos que sirvan a la seguridad israelí, políticas que rechazan incluso a la

Autoridad Palestina como homólogo. Pero, en otro ensayo titulado ‘La ética del Muro de Hierro’, Jabotinsky rechaza los debates morales *ex post facto* en torno al sionismo: una vez establecido, la existencia de Israel es inherentemente moral porque los judíos ‘merecen’ un Estado a pesar de que sean una minoría, mientras que los árabes tienen las ‘vastas tierras de Marruecos a Arabia’. De manera crucial, Jabotinsky (al igual que los primeros sionistas) se refería a los nativos como ‘árabes’ y no ‘palestinos’ —borrando su identidad distintiva para justificar su expulsión. Esta visión persiste en el discurso israelí, especialmente entre la derecha.

Jabotinsky defendía su ‘moralidad’ en lo respectivo a los pueblos indígenas citando su firma del Programa de Helsingfors (1906), un documento sionista de Rusia que reconocía a los judíos como un grupo nacional merecedor de igualdad de derechos, incluyendo autonomía cultural, educación hebrea, pero todo dentro del marco del Imperio ruso. De este modo, puede decirse que el sionismo no se oponía a concederles algunos derechos a los palestinos dentro de una mayoría judía —no obstante, sólo después de haber aplastado cualquier esperanza de atravesar el Muro de Hierro. Pero este recurso a Helsingfors, irónicamente, acorta la distancia entre Jabotinsky y Netanyahu. La forma en que Jabotinsky hablaba de ‘dos Estados’ resulta no ser más que una mención pasajera, puesto que cualquier forma de nacionalidad nativa tenía que quedar, de cualquier forma, subsumida bajo el control israelí.

La existencia de Israel ha dependido del Muro de Hierro: una mayoría judía impuesta mediante la fuerza militar, la limpieza étnica y derrotas árabes humillante. El tratado de paz egipcio-israelí de 1979 seguía esta lógica —firmado una vez que Israel había hecho añicos la esperanza egipcios de atravesar el Muro. No es sorprendente que Menachem Begin, el heredero en el Likud del movimiento Betar de Jabotinsky, supervisara aquel acuerdo.

La pregunta sigue en pie: ¿Por qué revivir el Muro de Hierro hoy? ¿Cómo moldea la guerra de Netanyahu sobre Gaza —incluyendo sus dimensiones regionales?

La guardia de la colonia y el guardián de los muros

En *El Muro de Hierro: Israel y el mundo árabe* (2000) —traducido al hebreo en privado después de que cinco editores israelíes lo rechazaran— Avi Shalim apunta el profundo arraigo de la doctrine en el pensamiento israelí y sus interpretaciones

en disputa. Estos debates surgen siempre que la estabilidad colonial está bajo amenaza.

La segunda Intifada revivió a la fuerza el Muro de Hierro en el discurso israelí. En junio de 2001, Limor Livnat, del Likud, publicó ‘De vuelta al Muro de Hierro’, que acusaba a la izquierda israelí de traicionar la doctrina (por entonces, central para la estrategia militar israelí) y de ver Oslo como una rendición palestina permanente. Al contrario que Shlaim, que creía que Jabotinsky buscaba una futura paz por medio de la fuerza (una vez, por supuesto, que los árabes aceptaran que no se podía derrotar a Israel), Livnat consideraba que el Muro de Hierro era una doctrina inamovible y argumentaba que los árabes nunca abandonaron la esperanza de la victoria. Para Livnat, entonces, Oslo era una falsa capitulación. De este modo, la operación Inundación de Al-Aqsa representaba la prueba más cruda, no sólo de la persistencia de la esperanza palestina, sino de la viabilidad de la ruptura del Muro de Hierro. Para Netanyahu y los sionistas, esto significa que el Muro no es simplemente una herramienta para imponerles la rendición a los árabes —es una cuestión existencial para los israelíes. En un discurso de 2023, Netanyahu declaraba:

Jabotinsky es un mentor espiritual clave. Heredé su legado por mi padre, el historiador Ben-Zion Netanyahu, que era cercano a Jabotinsky [...] La fuerza de Israel viene de sus dos palabras: Muro de Hierro [...] Este protege al Estado judío, forzando a sus enemigos a aceptar su existencia. Un siglo más tarde, todo el mundo reconoce su racionalidad [...] Sólo gracias a este Muro ha podido persistir en esta tierra frente a la hostilidad árabe.

Mucha gente le atribuye la guerra prolongada en Gaza al narcisismo de Netanyahu, a la supervivencia política a través de la guerra extendida o a los fracasos del 7 de octubre. Pero la omisión más crítica es la alineación de Netanyahu con la doctrina de Jabotinsky, que domina el ADN de la sociedad y los dirigentes de Israel.

La Inundación de Al-Aqsa hirió el ego de Netanyahu (el ‘Rey de la Seguridad’ ahora tenía una cicatriz), pero también marcó la más honda vergüenza para los ‘guardianes del Muro de Hierro’. Puede que esta brecha abierta no se vuelva a cerrar del todo.

La operación fue la prueba más cruel para la doctrina militar y existencial de Israel. Mientras la derecha reivindica que sostiene mejor la visión de Jabotinsky, el 7 de octubre convirtió por consenso el Muro de Hierro en un imperativo *existencial* para todos los israelíes. Así, el genocidio y la represalia total

disfrutaron de un amplio apoyo: sin restaurar el Muro de Hierro, Israel duda de su supervivencia.

De este modo, las acciones recientes de Israel —ataques aéreos en Yemen, el asesinato en Beirut de Fuad Shuker, de Hezbollah; el asesinato del líder de Hamas, Ismail Haniyeh, en Teherán— apuntan a lograr de nuevo, estratégicamente, la capacidad de disuasión del Muro de Hierro. Permitirles a los poderes regionales atacar ‘fácilmente’ a Israel contradice una doctrina que ahora es fundamental para su existencia.

Aquí yace el consenso de Israel: las disputas internas sólo versan sobre las *tácticas* para reconstruir el Muro. Es probable que ningún israelí que critique a Netanyahu tocaría los objetivos centrales de la guerra si estuviera en el poder. Contra este telón de fondo, Jabotinsky vuelve a aparecer. ¿Es la devastación de Gaza —vidas quebradas, desplazamientos masivos, decenas de miles asesinados y heridos— suficiente para que Israel se detenga mediante una tregua con Hamas, permitiendo que el ejército se reagrupe para una venganza futura? ¿O podría un acuerdo así quebrar aún más el Muro de Hierro, a medida que la entidad negocia con el movimiento mismo que juró aniquilar?

Algunos israelíes sostienen que la devolución de rehenes está en línea con el Muro de Hierro (probando que ‘el valor de un judío es supremo’). No afirman que el Muro esté restaurado, pero ven una tregua como una pausa pragmática. Pero, para los ‘más fieles guardianes’ de la doctrina, esta visión misma destruye el Muro —implicando que los israelíes cautivos con la resistencia palestina son un precio que merece la pena pagar por la supervivencia de la entidad.

EL PARADIGMA DE LA SEGURIDAD NACIONAL ÁRABE

ENTRE LA DISTORSIÓN SISTEMÁTICA Y LA NECESIDAD DE REDEFINICIÓN

Mohammed ElAbadsa

Traducción por Margo

El concepto de ‘seguridad nacional’ es uno de los pilares de la construcción y reproducción de los Estados-nación en un sistema capitalista. En el Tercer Mundo en particular, la seguridad es el paraguas de la defensa que protege la entidad de una nación, sus capacidades productivas y su futuro. Este paradigma es un vector crucial del equilibrio regional de poder en el mundo árabe y lleva consigo las marcas de la profunda y sistemática distorsión por mecanismos de orígenes tanto coloniales como poscoloniales. Esto ha conducido a una confusión de la seguridad *nacional* con la seguridad de los *regímenes dependientes y élites de clase*. Despojado así de su significado histórico, el concepto de ‘seguridad nacional’ ya no se refiere a un amplio paradigma que comprende la soberanía estatal, habiendo quedado transformado en un medio para reforzar el imperialismo sionista-estadounidense y sus delegaciones regionales.

Una consecuencia importante de esto es que el ciudadano árabe se ha convertido en un objetivo prioritario de vigilancia y persecución continuas mediante tecnologías de seguridad. Esto le ha drenado su sentimiento de pertenencia y agencia política, en la misma medida en que ha instalado un sentimiento abrumador de extrañamiento dentro de su tierra. Muchos se han resignado a la presencia de bases militares extranjeras (en su mayoría estadounidenses) —algo de lo que pocos países árabes se libran— así como a su dependencia sobre la ayuda extranjera misma que asegura su subordinación y consolida la hegemonía de los regímenes opresivos.

Como resultado de esta distorsión, la ‘seguridad nacional’ de las naciones árabes se ha vuelto cada vez más indeterminada y ningún Estado en el mundo árabe tiene una visión clara y firme de tal noción. La ‘seguridad nacional’, en el sentido sustantivo del tercermundismo, es un paradigma que media las relaciones internas, regionales e internacionales basado en los fundamentos de soberanía y dignidad. Pero, cuando los líderes árabes son en realidad sátrapas coloniales a quienes se les encarga implementar las políticas y planes del imperialismo sionistas en sus territorios, la percepción del ciudadano árabe se solidifica: para ellos, el concepto de ‘seguridad nacional’ no se extiende más allá del funcionario que revisa los pasaportes en los puntos de control fronterizos y los aeropuertos.

En el contexto de una guerra regional y expansionista de agresión por el sionismo internacional y el imperialismo estadounidense, la cuestión de la seguridad nacional árabe se ha vuelto urgente. Por ejemplo, los regímenes árabes como el de Jordania facilitan la violación de su espacio aéreo por aviones de caza sionistas, pero al mismo tiempo invocan la ‘seguridad nacional’ para interceptar las respuestas yemeníes e iraníes con el pretexto de que suponen una amenaza a la seguridad ciudadana. Este amargo contraste revela que el ‘eje de la resistencia’ es la mayor amenaza para estos regímenes. Un ejemplo exitoso de resistencia en la región representa una amenaza existencial para estos regímenes, en la medida en que amenaza con topár el equilibrio de poder existente.

Las contradicciones de la ‘seguridad nacional’ también se han vuelto evidentes en las fronteras árabes, no menos que en los cielos árabes. Tras la partida de la ‘convoy Sumud’, han circulado informes y vídeos atroces que muestran los abusos, los asaltos y las humillaciones a las que se han enfrentado los activistas solidarios a manos de las fuerzas de seguridad y los guardias fronterizos de Egipto. El convoy, apuntando a romper el cerco a Gaza, partió de Marruecos y Mauritania y viajó por el norte de África hasta quedar detenido en la frontera egipcia con Libia. A pesar de no haber logrado su objetivo declarado, el convoy logró resaltar el hecho de que lo que sustenta a la entidad sionista y asegura su continuidad son los regímenes clientelares que la rodean. La insistencia por parte del Estado egipcio en que interceptó el convoy porque sus participantes no tenían visados de entrada se burla totalmente del hecho cotidiano de que haya cruces diarios de su frontera por ‘israelíes’ sin permiso ni visado. Del mismo modo, el Estado libio de Jalifa Haftar intervino para arrestar a la mayoría de los participantes en los convoyes, aislándoles y privándoles de alimento y agua antes de deportarles. En estos casos, los regímenes árabes no han hecho nada diferentes de las fuerzas ‘israelíes’ cuando han abducido y deportado a los activistas solidarios de la nave *Madleen*.

En un marcado contraste con esto, la política securitaria de la entidad sionista es una que toma de dos lógicas entrelazadas: primero, socavar los peligros que la amenaza y, segundo, lograr una visión sionista para la región. Esto difiere de la que concibieron los padres tempranos del sionismo, tal y como este se ha desarrollado y afinado para la situación actual. La doctrina sionista de la seguridad, que es vinculante para todas las instituciones civiles y militares del Estado, postula que la seguridad de la entidad está vinculada a su dominación militar completa sobre todos los países de Oriente Medio. Así, por ejemplo, implica la posesión de un arsenal mucho mayor que la suma total del *hardware* militar de todos los países de Oriente Medio juntos y insiste en que ningún grupo en la región debería lograr una superioridad tecnológica, militar o política que pudiera amenazar su seguridad en el futuro.

El paradigma sionista de la seguridad nacional es crucial para la entidad, puesto que es, en esencia, un proyecto colonialista de asentamientos de carácter expansionista cuya premisa es el desplazamiento violento. Para tener éxito, entonces, tiene que sobreponerse a la presencia de palestinos indígenas, que fuerza a que su doctrina securitaria grave en torno a dos temas centrales: la ‘anulación del tiempo’ (una estrategia para deslegitimar la historia existente) y el ‘acceso al espacio’ (una estrategia para el control geográfico y demográfico). Dentro de este proyecto, entonces, la seguridad nacional cobra un carácter indefinido: ‘Israel’ está bajo amenaza constante, la guerra contra sus adversarios es prácticamente eterna y su principal meta es el mantenimiento y expansión de la ocupación militar.

La doctrina de seguridad nacional de un país es, en consecuencia, de una significancia primordial para la persecución de las prerrogativas de Estado y la realización del poder estatal, tanto dentro como más allá de sus fronteras. En el contexto de Oriente Medio, este paradigma tiene un carácter regional y está fuertemente sesgado en favor del sionismo y el imperialismo estadounidense, en detrimento de las masas árabes. Al perseguir su soberanía, las últimas deben ser capaces de tomar y transformar, entre otras cosas, el paradigma de la seguridad nacional de los Estados árabes. La reestructuración empieza por la liberación y reconstitución de los seres humanos mediante la creación de espacios de expresión, participación y movilización popular. Entraña la reconstrucción de las capacidades civiles y militares mediante una industrialización defensiva enfrentada a la subordinación occidental, extranjera. En otras palabras, la seguridad nacional se debe redefinir como una cuestión regional que presuponga el acceso a las palancas del poder estatal para las masas árabes, con el propósito de liberarse del proyecto sionista.